

EL SISTEMA DE TRES PERIODOS EN LA INVESTIGACION PREHISTORICA DESDE LOS ORIGENES A LA ACTUALIDAD *

H. G. BANDI

La evolución de la cultura humana ha sido motivo de reflexión ya desde época temprana. Durante mucho tiempo ocuparon el primer plano suposiciones intuitivas y construcciones especulativas, algunas de las cuales dieron lugar a hipótesis muy estimables. A un acontecimiento se concedió desde el principio especial importancia: al proceso que podemos denominar domesticación del hombre, es decir, la transición de la existencia cazadora-recolectora al estadio de economía productiva de los agricultores y ganaderos. Mientras que en la Antigüedad se enjuiciaba este tránsito de forma mayoritariamente crítica e incluso negativa, no considerándolo en cualquier caso como un progreso sin reservas, existe hoy, bajo la influencia de la Ilustración, el pensamiento evolucionista y la interpretación materialista de la Historia, más bien la tendencia a valorarlo en forma fundamentalmente positiva.

La suposición de un desarrollo en varias etapas tuvo gran importancia en estas reflexiones desde el mismo comienzo; pero hasta los tiempos modernos no se llegó al concepto del "sistema triperiódico", el cual se pudo verificar científicamente en virtud de los hallazgos arqueológicos. En el presente artículo examinaremos la paulatina formación de este concepto desde la Antigüedad, su concretización en el siglo XIX y su importancia en los tiempos actuales, caracterizados por un precipitado desarrollo técnico.

Hacia el 700 a. de J.C. expuso Hesiodo en su poema "*Los Trabajos y los Días*", entre otras cosas, el mito de las cinco edades del mundo (versos 109 y siguientes), basándose acaso en una concepción más antigua, originaria del Próximo Oriente, que distinguía cuatro edades: edad de oro, de plata, de bronce y de hierro. Bajo la influencia de las ideas homéricas introdujo Hesiodo, el poeta de los campesinos, la edad de los héroes antes del estadio final.

El fragmento, procedente de la segunda mitad del siglo IV, de una "*Historia Cultural de Grecia*", de Dicearco, uno de los más notables eruditos de la Antigüedad, hace alusión a la idea de un desarrollo en sólo tres etapas en tiempos prehistóricos. Más adelante volveremos sobre este punto.

* Debemos esta traducción a la amable colaboración del Dr. G. López-Junquera, Gijón.

1. La traducción más reciente y acaso perfecta es la de Josef Martin, de la República Democrática Alemana (Akademie Verlag, Berlin, 1972).

El romano Titus Lucretius Carus, Lucrecio (97-55 a. de J.C.), se ocupó, como otros escritores y filósofos de su época, de las cuestiones del origen de la Tierra y del género humano. También él se limitó a tres estadios, como puede leerse en su grandiosa obra "*De Rerum Natura*" ("*De la naturaleza de las cosas*" / "*La esencia del Universo*" / "*Mundo de átomos*"), a la que en el campo marxista se intenta poner hoy al servicio del materialismo dialéctico.¹ De los versos 1.282-1.296 del Libro V extraemos la siguiente versión:

"Las primeras armas fueron las manos, las uñas y los dientes, y las piedras y ramas de árboles, y la llama y el fuego después de que se conocieron. Se descubrió luego el poder del hierro y del bronce; pero el uso de éste se conoció antes que el del hierro (...) Labraban la tierra con el bronce, y con bronce agitaban las olas de la guerra y sembraban terribles heridas, y robaban los campos y ganados, pues todo cuanto había desnudo e inerme se rendía fácilmente a gente armada. Paso a paso se abrió luego camino la espada de hierro, y cayó en menosprecio la hoz de bronce, y comenzaron a roturar la tierra con el hierro, y se igualaron los combates de la indecisa guerra".²

Aquí se vislumbra ya de forma bastante clara el sistema de tres períodos, basado exclusivamente en construcciones filosóficas.

Lucrecio no fue en absoluto el único que en su época tuvo ideas semejantes, pero nos servirá aquí como exponente de esta mentalidad, ya que la influencia posterior de su obra se puede establecer de forma más evidente.

Desde mediados del siglo XVIII se recurrió sobre todo a sus concepciones sobre el desarrollo de la cultura. A comienzos del siglo XIX se discutía esta cuestión cada vez más exhaustivamente en el marco de la investigación prehistórica entonces naciente. Entre 1816 y 1819 clasificó el danés Christian Jürgensen Thomsen las ricas existencias de la colección de antigüedades del Museo Nacional Danés de Copenhague según este principio: objeto de la edad de piedra, de la edad del bronce y de la edad del hierro. Lo mismo hizo el anticuario imperial sueco, Bror Emil Hildebrand, en 1830 en Lund. Sin embargo Thomsen no publicó su concepción hasta 1836, en un "*Compendio de Arqueología Nórdica*" anónimo, que apareció primero en danés y un año más tarde en Alemán. Como suele ocurrir en conocimientos de este tipo, otros dos investigadores llegaron en Alemania, de forma prácticamente simultánea, a iguales resultados: por un lado el director del Instituto Johann Friedrich Danneil, que estableció el sistema de tres períodos en 1836, a partir de hallazgos en tumbas de la Antigua Marca (Norte de Magdeburgo); por otro lado Friedrich Lisch, que publicó su artículo en 1837.

A la idea de un desarrollo de la cultura en tres etapas, se le opuso inicialmente en Alemania una resistencia objetiva. Ludwig Lindenschmit senior (1809-1893), impulsor y primer director del renombrado Museo Central Romano-Germánico de Maguncia, defendía con vehemencia la opinión de que los objetos de bronce hallados en el Norte habían sido, sin excepción, importados de Grecia o Italia: "Las fantasías histórico-culturales que dieron origen a la división de los tiempos antiguos en una época de piedra, de bronce y de hierro, ofrecen cierto atractivo como reflejo del crepúsculo poético de viejas tradiciones, pero jamás podrán conciliarse con el desarrollo natural de las cosas; tanto en general como en los pueblos individuales, resulta impensable la diferenciación de estos tres período".

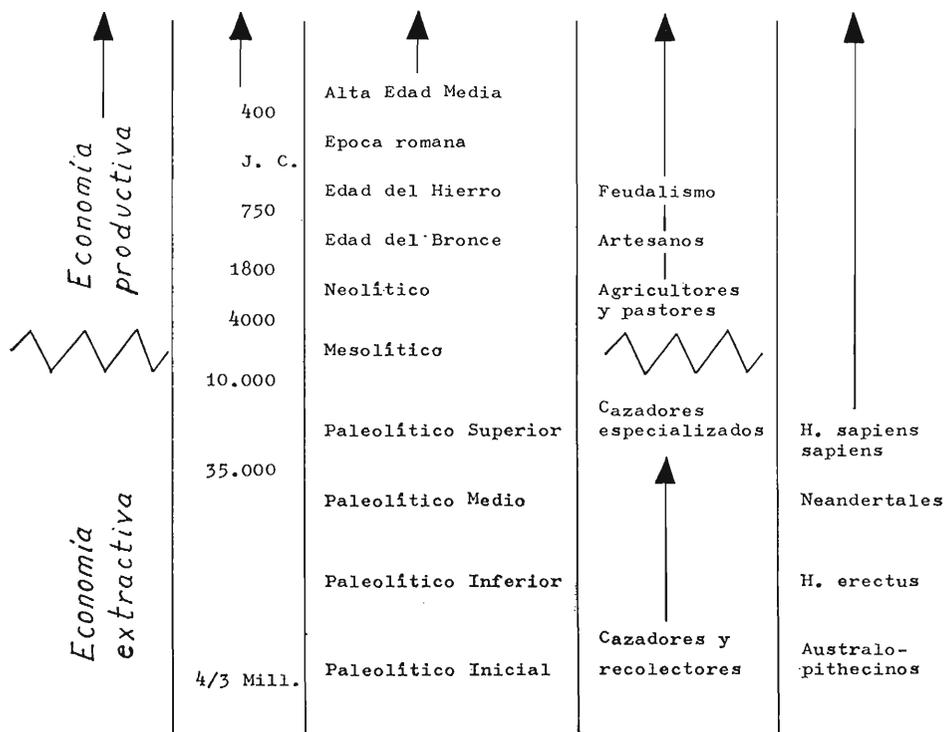
2. "arma antiqua manus unguis dentesque fuerunt
et lapides et item silvarum fragmina rami
et flamma atque ignes, post quam sunt cognita primum.
posterius ferri vis est aerisque reperta.
et prior aeris erat quam ferri cognitus usus, (...)
aere solum terrae tractabant, aereque belli
miscabant fluctus et vulnera vasta serebant
et pecus atque agros adimebant; nam facile ollis
omnia cedebant armatis nuda et inerma.
inde minutatim processit ferreus ensis
versaque in obprobrium species est falcis ahenae,
et ferro coepere solum proscindere terrae
exaequataque sunt creperi certamina belli"

La joven investigación prehistórica se convirtió en lo sucesivo en juguete de las disputas políticas, tal como desde entonces ha ocurrido y desgraciadamente aún sigue ocurriendo con frecuencia —piénsese en los abusos en el ámbito del Nacionalsocialismo, o en la historiografía materialista del Marxismo—. La guerra germano-danesa de 1864 dio lugar a una campaña contra Thomsen y su sistema de tres períodos, imputándosele el querer “danificar” Alemania. Thomsen obtuvo, por cierto, respaldo de Friedrich Lisch, quien en 1865 escribió, que él mismo había hecho en Mecklemburgo, en 1837, las mismas constataciones independientemente de Thomsen, y se veía por tanto obligado a cargar con el pecado de este odioso sistema (!).

A mediados del pasado siglo recibió el sistema triperiódico un nuevo apoyo por parte de la así llamada Teoría Palaftica, que partiendo de Suiza influyó considerablemente en el posterior desarrollo de las investigaciones prehistóricas. Muy pronto se pudo distinguir entre poblados lacustres de la Edad de Piedra y de la Edad del Bronce, y cuando posteriormente se descubrió en el lago de Neuchâtel el yacimiento de La Tène, con un predominio de objetos de hierro, resultó confirmada también la tercera fase.

Hoy no existe duda de que esta clasificación global es correcta, si bien entretanto se ha afinado la división substancialmente. Hay que tener presente además, que esta distinción de tres fases principales en la evolución de la cultura humana, basada en la materia prima predominante, no se posee validez en todas las regiones de la Tierra. Así, p. e., en gran parte de Africa se ha omitido prácticamente la Edad del Bronce, y en otros lugares, como en Nueva Guinea, p. e., no se ha dado por propio impulso el paso de la Edad de Piedra a otro estadio.

En Europa y muchas otras regiones ofrece la clasificación global, con los principales subestadios, el aspecto que muestra la siguiente tabla:



Este esquema relativamente simple no debe, sin embargo, hacernos olvidar que la realidad en particular es substancialmente más compleja. Por lo demás, presenta, a

nuestro juicio, dos defectos, de los que nos ocuparemos a continuación. Por un lado, se da la impresión de que la sucesión de Edad de Piedra (Paleolítico Inicial, Inferior, Medio y Superior, Mesolítico y Neolítico), Edad del Bronce y Edad del Hierro, ha transcurrido de forma continua y orgánica, lo que no es enteramente cierto. Por otra parte, hemos de preguntarnos si hoy en día, cuando conocemos la reciente rama de la arqueología industrial, algo ambigua y fomentada en parte, al menos subliminalmente, con fines de modificación social, no debiera ampliarse el tradicional sistema triperiódico en un sistema de cuatro períodos.

Indiquemos primero brevemente, cómo se puede definir sociológicamente el sistema triperiódico. Resulta interesante a este respecto, que el discípulo de Aristóteles antes mencionado, Dicearco, ya realizó en su "*Historia Cultural de Grecia*" un intento en este sentido, definiendo su sistema evolutivo de la Prehistoria en tres etapas de la siguiente manera (Müller 1972):

- un estadio de recolectores con consumo exclusivo de vegetales
- un estadio de cazadores/pescadores y pastores con aumento de la propiedad privada
- un estadio de agricultores con la formación de mayores comunidades, respectivamente de Estados y grandes culturas.

Esta asombrosa concepción no difiere demasiado de lo que hoy conocemos en virtud de los hallazgos arqueológicos:

- Estadio de cazadores y recolectores
- Edad de Piedra:
- Estadio inicial de agricultores y pastores
- Edad del Bronce:
- Estadio de agricultores, pastores e inicio de los artesanos
- Edad del Hierro:
- Estadio de agricultores, pastores, artesanos y señores feudales

El espacio disponible nos impide entrar en los detalles de estas definiciones. Tampoco respecto al problema de la continuidad del desarrollo cultural podemos hacer aquí más que algunas indicaciones.

Respecto a esta primera cuestión, ¿transcurrió el desarrollo de forma continua y orgánica? El hecho de que dentro de la Edad de Piedra puedan distinguirse dos estadios sociológicos, por un lado el estadio de los cazadores y recolectores, y por otro el de los primitivos agricultores y pastores, nos alerta en este sentido. En efecto, aquí discurre una frontera, cuya existencia va fue sospechada hace tiempo, a la que se dieron, sin embargo diferentes interpretaciones, y cuya significación profunda sólo pudo ser comprendida en toda su transcendencia en el marco de las investigaciones modernas. Se trata de la transición de la forma de economía extractiva —cazadora— a la forma de economía productiva de agricultores y pastores.

Ya en el Génesis se hace referencia a ello. Tras la expulsión del Jardín del Edén, "Abel se convirtió en pastor de ovejas, y Caín, en cultivador de la tierra". Con otras palabras, el estado originario paradisíaco de los cazadores y recolectores es sustituido en la Tierra por las fatigas de la agricultura y la ganadería. Enseguida se manifiesta también un conflicto entre los agricultores y los pastores: "Después de cierto tiempo, Caín ofreció frutos del campo en sacrificio a Yavé. También Abel ofreció primogénitos de sus ovejas y de sus partes grasas. Y Yavé miró complacido a Abel y su ofrenda,

pero no tuvo en consideración a Caín y su ofrenda. Por ello, Caín se irritó mucho, y su semblante se volvió adusto (...) Y mientras estaban en el campo, Caín se alzó contra su hermano Abel y lo mató". Ahí lo tenemos: apenas comienzan la labranza y los baidos, ya surge la pelea entre los hombres.

También Lucrecio deja traslucir este problema de la transición del estado originario a una nueva forma de vida. Comenzando por el verso 925, leemos en el Libro V:

"Y la raza de hombres en los campos era entonces mucho más fuerte, como vástagos que eran de la dura tierra (...) Nadie conducía vigorosamente el curvo arado, y aún nadie sabía remover la tierra con el hierro (...) Lo que el sol y la lluvia concedían, lo que la tierra producía espontáneamente, era don suficiente para satisfacer sus corazonas".³

Sobre todo el lenguaje y el descubrimiento del fuego contribuyeron, según Lucrecio, al ulterior progreso, mucho antes de que empezasen a usarse los metales. Hasta entonces no se dispuso de campos y ganado. Esto hizo posible, según la opinión del fascinante autor romano, el nacimiento de la monarquía —léase despotismo—, cosa que él no consideraba como un desarrollo afortunado.

La problemática de la transición —en nuestra terminología— de la forma de economía extractiva de los cazadores y recolectores a la productiva de agricultores y pastores, no volvió a ocupar a los pensadores, después de la Antigüedad, hasta la época de la Ilustración. Jean-Jacques Rousseau estudió este tema en la segunda parte de su "*Tratado sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*", en el año 1775. Parece que en principio valora positivamente el desarrollo que condujo del estado primigenio cazador-recolector al campesinado sedentario, pero enjuicia de forma muy pesimista los acontecimientos ulteriores.

Immanuel Kant, muy influenciado por Rousseau, enjuiciaba la cuestión de forma hasta cierto punto similar. A este respecto es ilustrativo su artículo, publicado en 1786, "*El probable inicio de la Historia de la Humanidad*". Considera la expulsión del Paraíso como la transición del estado animal, guiado por los instintos, a la existencia humana basada en la razón, o bien como el abandono de la tutela de la Naturaleza en beneficio de la libertad. La transición de la caza a la agricultura y ganadería es valorada por Kant en conjunto como un progreso para el género humano, pero no está luego seguro de que lo sea también para el individuo, o si de ello resulta para éste un descanso de la moralidad.

Friedrich Schiller, muy familiarizado con los escritos de Rousseau y de Kant, se ocupó a su vez de esta problemática en su artículo del año 1789 "*Algunas cosas sobre la primera sociedad humana según las directrices de la escritura mosaica*", en el que llega a conclusiones muy similares a las de Kant. Así, la expulsión del Paraíso, que él concibe como un abandono consciente del estado natural, fue la condición previa para alcanzar valores morales más elevados; pero la transición a la forma de economía productiva que se derivó de ello (Schiller especulaba incluso con la idea de si el primer hombre, o sea Adán, habría cultivado arroz antes que otros cereales), este paso a la forma de economía productiva, había que considerarlo como el origen de los conflictos entre los hombres.

En esta época no existía el menor indicio arqueológico respecto al paso de la forma de vida extractiva, cazadora, a la productiva de agricultores y pastores. Tanto más destacable es, pues, el hecho de que los pensadores y poetas de la Ilustración se enfrentasen con el problema de las consecuencias de este cambio tan profundo, o, mejor aún, radical —como hoy puede demostrarse— de la Historia de la Cultura.

3. "Et genus humanum multo fuit illud in arvis
durius ut decuit, tellus quod dura creasset, (...)
nec robustus erat curvi moderator aratri
quisquam, nec scibat ferro molirier arva (...)
quod sol atque imbres dederant, quod terra crearat
sponte sua, satis id placabat pectora donum."

Thomsen y los otros que, como se mencionó, recogieron poco después las concepciones de la Antigüedad y establecieron el sistema triperiódico en base a los materiales arqueológicos, no se ocuparon, sin embargo, de los aspectos sociológicos dentro de los períodos por ellos reconocidos.

El impulso para el tratamiento científico de este problema procedió del campo etnológico. El americano Lewis H. Morgan expuso hacia 1877, en su obra "*Ancient Society*", una concepción del desarrollo de la Sociología y la Cultura, basada en observaciones de pueblos primitivos contemporáneos. Formuló un sistema de siete niveles, dividido en tres etapas de salvajismo y barbarie y en un estadio final de civilización, de la siguiente forma:

- I. Estadio inferior del salvajismo.
- II. Estadio medio del salvajismo.
- III. Estadio superior del salvajismo.
- IV. Estadio inferior de la barbarie.
- V. Estadio medio de la barbarie.
- VI. Estadio superior de la barbarie.
- VII. Civilización.

El salvajismo equivale en principio al estadio de los cazadores y recolectores. Su fase superior concluye, según Morgan, con el inicio de la producción cerámica. "El invento o la utilización de la alfarería es, considerando todas las circunstancias, el rasgo más efectivo ...para establecer una línea divisoria, necesariamente arbitraria, entre el salvajismo y la barbarie...". Esto significa, en forma simplificada, que los portadores de la Historia Cultural en sus inicios eran salvajes que no conocían la cerámica; a éstos les sucedieron luego bárbaros que comían la sopa con cuchara en recipientes de arcilla. El invento de la alfarería caracteriza, por tanto, según Morgan, el inicio de la barbarie. El cultivo de plantas y la tenencia de animales los considera criterios de segundo orden.

Morgan partía de concepciones evolucionistas. Así, el desarrollo llevaba desde el estado originario de salvajismo, a través de la barbarie, hasta la civilización. Aquí se siente uno tentado a contraponer, de forma un poco cínica, la idealización del "salvaje" en Rousseau a nuestro concepto del "Bárbaro". En cualquier caso, no encontramos en Morgan los escrúpulos de los ilustrados acerca de las consecuencias morales del pretendido progreso.

Las ideas de Morgan sobre la evolución cultural de la Humanidad encontraron profunda resonancia en las obras de Karl Marx y especialmente en las de Friedrich Engels. En lo que respecta a Marx, remitimos a sus "*Cuadernos de notas etnológicas*", de los años 1880-1882. De especial importancia para nuestro problema es la obra de Engels "*El origen de la familia, de la sociedad privada y del Estado*" del año 1884. Entre otras cosas adopta allí la hipótesis de Morgan, de que la introducción de la cerámica es característica del inicio de la barbarie en su nivel inferior. Tanto para Marx como para Engels representa este acontecimiento —en la terminología actual el inicio del Neolítico— un progreso inequívoco e ilimitado. Es evidente que los padres de la doctrina marxista no advirtieron que una visión del mundo menos positivista y una interpretación de los hechos no encerrada en conceptos evolucionistas-materialistas, concuerdan mejor con la realidad.

Estas reflexiones y teorías no se apoyaban en absoluto en hallazgos e interpretaciones arqueológicas. Cuando, desde comienzos del siglo XIX, se incrementó progresivamente el número de hallazgos realizados e interpretaciones formuladas, la valoración del paso del estadio cazador a la existencia neolítica no interesaba en un principio a los arqueólogos, absorbidos como estaban en la práctica por la abundancia de hallazgos materiales. Aún así, encontramos en 1889 la observación de Emile Cartailhac, de que el cambio de la fauna en la transición del Paleolítico al Neolítico, es decir, de la

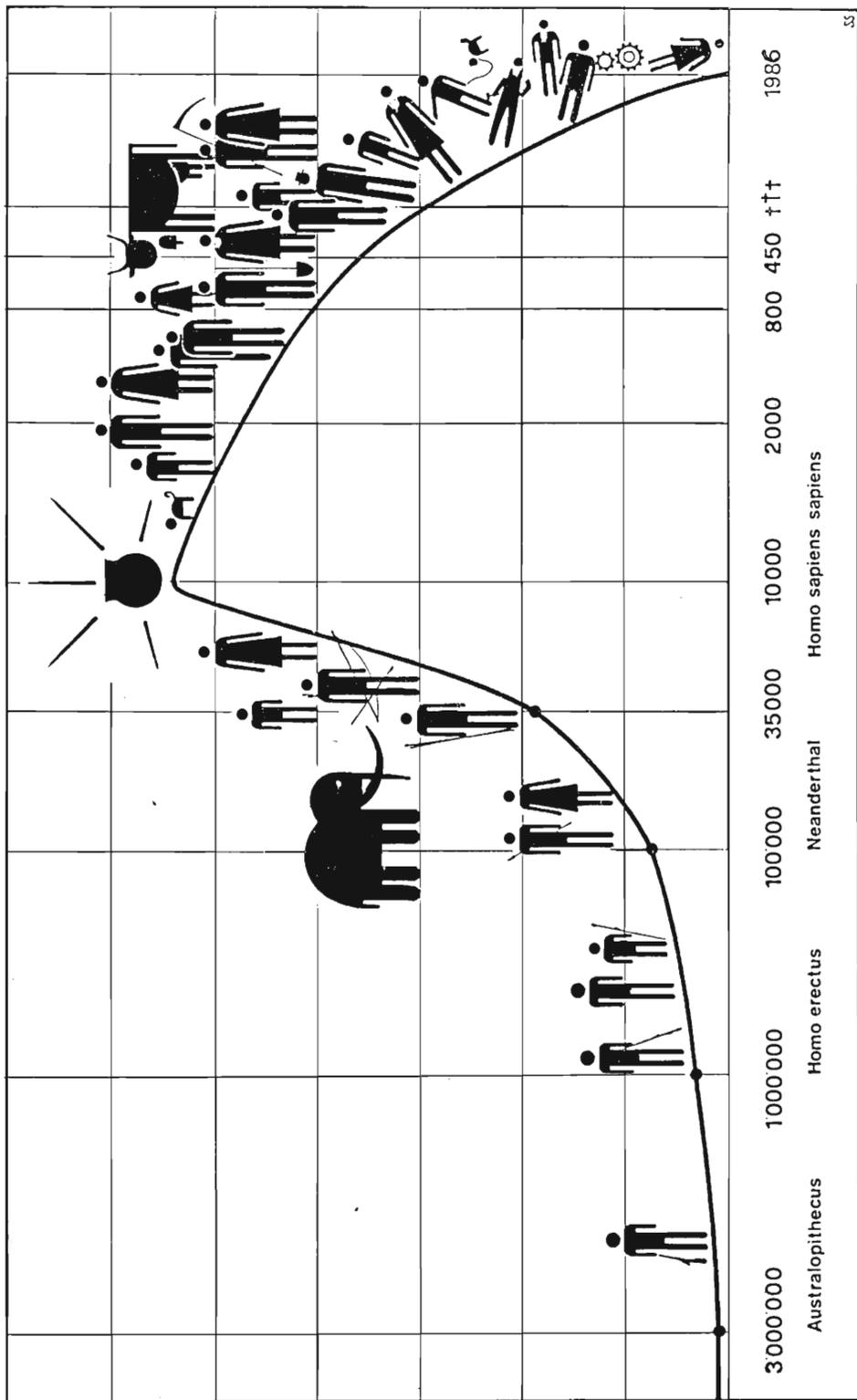
economía extractiva a la productiva, equivale en el aspecto cultural y social a una revolución. El concepto de revolución lo emplea Cartailhac, evidentemente, en el sentido de un desarrollo técnico y social revolucionario, y no en el de un cambio violento. Este concepto de la revolución neolítica no se afianzó en la investigación prehistórica hasta mucho más tarde, cuando Gordon Childe lo hizo suyo en 1936, o lo creó, como hasta ahora se suponía. Tampoco él lo emplearía apenas en el sentido de una repentina transformación violenta, lo que no siempre se reconoce con claridad. Debido a la gran influencia de la obra de este eminente prehistoriador inglés de orientación marxista, la "revolución neolítica" no sólo se ha convertido prácticamente en un dogma en el ámbito de la historiografía marxista, sino que también en otras partes ha surtido efecto, al menos de forma subliminal.

¿Representa la transición, indudablemente radical, de la existencia cazadora y recolectora al estadio de los primeros agricultores y pastores realmente un progreso? Christian Strahm ha examinado detenidamente este problema y resumido recientemente sus conclusiones en el "Wirtschafts-Ploetz". Aparte de la alfarería, ya citado varias veces como característica externa, y de otras innovaciones técnicas; aparte de los fenómenos aún más importantes del cultivo de plantas y la domesticación de animales, con la posibilidad de almacenar provisiones, condición previa del aumento de la población e incluso del riesgo de explosión demográfica; aparte, por último, del sedentarismo y la necesidad de aparición de los oficios artesanales, contenía esta transición el germen del despliegue del poder y de los excesos del despotismo y la opresión. Esto resultaba inconcebible en el ámbito de una población cazadora, y sólo se hizo posible como consecuencia del desarrollo iniciado con la agricultura y el pastoreo.

Esto me lleva a la convicción, de que la curva evolutiva de la Historia (Cultural) de la Humanidad presenta una pronunciada inflexión allí donde la forma de economía extractiva fue sustituida por la productiva, o sea, según Morgan, donde la etapa superior del salvajismo dio paso al estado inferior de la barbarie. En nuestra terminología, se trata del paso del período paleo-mesolítico a la fase neolítica, cosa que a nivel mundial tuvo lugar aproximadamente entre el 10.000 y el 4.000 a. de J.C. He denominado este punto "inflexión cerámica", utilizando la alfarería como símbolo del inicio de la economía productiva. Para mí no existe duda alguna, de que los problemas que hoy parecen amenazar seriamente la subsistencia de la Humanidad, tienen allí su origen; en el ámbito de los cazadores jamás se habrían hecho realidad (v. figura).

Y con esto, llegamos finalmente a la cuestión, de si el sistema triperiódico no debiera ampliarse mediante un cuarto período. Es evidente que el concepto de Edad del Hierro, que a lo sumo aún podría incluir nuestra dependencia de la electricidad y del petróleo, resulta ya insuficiente, si consideramos las consecuencias del descubrimiento de la energía atómica y la técnica de computadores. En una genial premonición, vio Lucrecio venir este desarrollo, que se basa en los períodos precedentes, y lo anunció indirectamente. En su Libro II habla de la eternidad del movimiento de los átomos, de la forma y las cualidades atómicas, del ilimitado número y otros aspectos de los átomos. Hoy ya hemos alcanzado ese punto: tenemos que añadir a la Edad de Piedra, del Bronce y del Hierro una cuarta fase. Cómo se la denominará luego retrospectivamente, ha de quedar aún pendiente. Quizá se hablará de la era atómica, quizás de la edad de los computadores, o acaso de la época cibernética.

No obstante, ya puede entreverse hoy, que sociológicamente hay que calificarla de época de los locos. Y no precisamente de era de los locos inocentes, pacíficos y simpáticos, sino de los locos, cuando menos, irreflexivos, e incluso psíquicamente trastornados, perversos y criminales. Sólo así puede explicarse el hecho, para mí espantoso, de que la Humanidad, que se encuentra hoy sin duda enfrentada a graves problemas de existencia, emplee los conocimientos derivados de la impresionante investigación espacial, para despedazarse sobre la Tierra con una ferocidad sin precedentes, por motivos económicos y políticos velados ideológicamente, en guerras, revoluciones y actos terroristas. Otro ejemplo más cotidiano y relacionado más



directamente con la Prehistoria, es nuestra actitud hacia el animal. En la Edad de Piedra, tanto en el ámbito de los recolectores y cazadores, como aún entre los primitivos agricultores y pastores, todavía estaba intacta la relación hombre-animal. Los cazadores mataban a los animales, exponiendo con frecuencia la propia vida, sólo en cuanto era necesario para su subsistencia; y los primitivos agricultores y pastores criaban los primeros animales domésticos en condiciones dignas para éstos. Hoy se escribe ciertamente en grandes caracteres la protección de los animales, pero consumimos, por desgracia apenas sin escrúpulos, seres vivientes que son criados y atormentados bajo condiciones espantosas, para que su carne sea blanca y tierna. Compramos irreflexivamente recuerdos de marfil, y no advertimos que con ello se fomenta el sacrificio de los cada vez más escasos elefantes. No podemos impedir ni el exterminio de los rinocerontes, cuyos cuernos se consideran afrodisíacos desde tiempos inmemoriales en amplias regiones del Sudeste asiático, ni el de los "apacibles gigantes" de los mares, pues la caza de la ballena sigue siendo interesante comercialmente (cuando los esquimales eran aún los únicos cazadores de ballenas, que con gran peligro de su vida, especialmente desde la época de la cultura de Thule, hacia el 1000 d. de J.C., cazaban alguno de estos gigantes mamíferos necesarios para su existencia, nunca peligró la supervivencia de éstos). ¿No muestra este ejemplo —uno entre muchos—, que actuamos irresponsablemente al hacer y consentir tales cosas? ¿No nos conduce este "*laisser faire*", e incluso la promoción de los locos, la cobardía y el fracaso de la élite, al final de los tiempos, que muchos vuelven a profetizar hoy?

Quizá nos dé la evolución del hombre, con su duración de tres a cuatro millones de años, derecho a la esperanza de que no llegue —aún no— ese fin de los tiempos. Cuántas veces pareció encontrarse ya la Humanidad en el umbral de su extinción, y sin embargo ha sobrevivido. Hemos de admitir que las condiciones son hoy especialmente críticas —al menos desde nuestra perspectiva. Damos demasiadas facilidades a los locos, cándidos, irresponsables o perversos, para que socaven el milagro de nuestra existencia. Pero a pesar de todo, el hasta ahora accidentado y variable destino de la Humanidad nos da un cierto motivo de optimismo respecto a nuestra supervivencia.

BIBLIOGRAFIA

- BANDI, H. G.: *Der topfnick oder die unterschiedliche Wertung der Domestikation des Menschen. Festschrift Günter Smolla*. (La inflexión cerámica, o la diferente valoración de la domesticación del hombre. Libro homenaje a Günter Smolla. En prensa).
- CARTAILHAC, E.: *La France préhistorique*. París, 1889.
- CHILDE, G.: *Man makes himself*. Londres, 1936.
- ENGELS, F.: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. 1884.
- HESIODO: *Los Trabajos y los Días*.
- KANT, I.: *El probable inicio de la Historia de la Humanidad*. 1786.
- Leitfaden zur Nordischen Altertumskunde* (Compendio de Arqueología Nórdica), editado por la Real Sociedad de Arqueología Nórdica. Copenhague, 1837 (con una "sucinta sinopsis de monumentos y antigüedades de la Prehistoria del Norte", por el "Canzleirath C. Thomsen").
- LUCRECIO (Titus Lucretius Carus): *De rebus natura*.
- MARX, K.: *Cuadernos de notas etnológicas, 1880-1882*.
- MORGAN, L. H.: *Ancient Society*. Rochester, 1877.
- MÜLLER, K. E.: *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*. Teil I. Wiesbaden, 1972.
- ROUSSEAU, J. J.: *Tratado sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. 1755.
- SCHILLER, F.: *Algunas cosas sobre la primera sociedad humana según las directrices de la escritura mosaica*. 1789.
- STRAHM, Ch.: *Ur- und Frühgeschichte*, en: *Ott H. und Schäfer, H., Wirtschafts-Plöetz*. Freiburg und Würzburg, 1984.